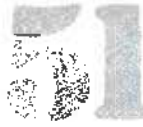


los pescadores del



por amaro amare

FOTOS MARRERO Y EL AUTOR



CAYERIA DE SAN FELIPE. Cuando se tiene más de cuarenta años y se han pasado más de cuarenta trabajos para dar de comer a los hijos, se puede mirar de frente el presente y el futuro, y sonreírle. Al menos esa es la impresión que uno obtiene al conversar un rato con cualquier pescador en tales circunstancias, pues dividen su vida en dos mitades: una, la del antes y su rosario de injusticias, que iban desde el niño sin escuela al padre sin trabajo; otra la del después de justicia y de reivindicaciones sociales, donde la escuela de los hijos se construyó con el trabajo de los padres. Por eso resulta fácil adivinar todos los sentimientos acumulados en los 42 años de vida de Juan Manuel Martínez Méndez, patrón del *Cayo Largo 51*, porque las ideas que no puede expresar con palabras sí la expresa con hechos, con la rudeza propia del hombre habituado al trabajo y al peligro y con la convicción —intuida bajo el proceso revolucionario iniciado en 1959— de que lo poco o lo mucho que él hiciera es en bien de la colectividad.

El *Cayo Largo* comandado por Juan Manuel atraca al mediodía en el centro de acopio de Coco Chico; del lado del muelle, la fraternal bienvenida salpicada de adjetivos de grueso y delgado calibre; desde la cubierta del langostero, las chispeantes

respuestas. Y, entre la salva de ladridos que indistintamente parten del muelle y del barco confundidas con las voces, escuchamos a tres pescadores cuando dicen: “Buen patrón ese Juan Manuel... Conoce la *laja* tanto como la piedra... Pero compañeros, con esa *barcá* (nombre dado a la tripulación de un barco) se puede ir a cualquier parte...”

La experiencia nos ha demostrado que los pescadores rara vez se equivocan cuando de elogiar a alguien se trata; incitados por esto último y aprovechando que la corrida aún no había empezado, acordamos salir a pescar langostas en la *piedra* y en la *laja* con Juan Manuel y su *barcá*, con el ánimo de ofrecer a nuestros lectores cómo se realiza esta pesquería y por qué los pescadores de Coco Chico elogian a Juan Manuel y a sus compañeros de faena.

■ un patrón y sus recuerdos

Los espesos pero dispersos cúmulos semejan montañas de nieve detenidas en el azul de la mañana; es sorprendente que así suceda, pues todos esperábamos nubes bajas y de gris oscuro ante el anuncio de un inminente “norte”. Por suerte para nuestro modesto equipo de fotografía submarina (una Nikonos de 35 mm), la visibilidad entre los 18 y los 22 pies de profundidad debe ser eficiente, pues el buen sol mira desde el este al *Cayo Largo 51* y a sus tripulantes dirigirse a la zona de pesca.

A bordo de un barco siempre hay algo que hacer; mas en esta oportunidad los hombres del 51 hablan en voz alta y responden a preguntas que quedarán



El patrón del 51, Juan Manuel Martínez, cuenta sus vivencias

El Cayo Largo 51
"se lanza" en pos del pesquero



A la par que limpia el arroz,
Silvilio evoca el pasado
y el presente



impresas en la fina cinta del cassette, porque el reportaje también es acerca de ellos...

—Mire —y se descubre la cabeza con rápido gesto—, el pelo que me falta le he largado en los barcos chiquitos. Era inhumano pescar en ellos; pero había que hacerlo...

Juan Manuel, el patrón, es quien ha hablado así, y la mezcla de resignación y soberbia que asoma tras la última frase nos sitúa de golpe en el escenario donde muchas veces tuvo que representar infinidad de papeles... Fue en La Coloma, y desde los 12 años, que supo lo que era tener bajo su responsabilidad una familia numerosa. Esa fue su única escuela, en la que aprendió la manera de ganarse unos pesos para disimular el hambre; en la que por primera y única vez, creyó en las promesas de los politiqueros cada vez que se acercaban las elecciones —“prometían, dice Juan Manuel, desde su madre pa'riba, y después todo se volvía cuento”—; en la que, finalmente, logró hacerse de un barquito con muchos sacrificios para escapar a la garra del armador y poder batirse, entonces, con el intermediario.

—Por eso mi mayor satisfacción como padre —prosigue— es ver a mis hijos estudiando. Eso sí, nunca les he prohibido que imiten mi oficio, y prueba de ello es que, de los 10 que tengo, tres son pescadores y dos andan conmigo; pero hubiera querido que fueran pescadores de escuela, que para eso la Revolución las hizo; pero a los que quedan en la casa, los más chiquitos, a esos los obligo a estudiar para que sean más útiles al proceso que viven.

—¿...?

—Bueno, éste ya usted lo ve. El barquito mío tenía 22 pies de eslora y era de vela; éste tiene 60 pies y es de motor...

■ silvilio, natural de Artemisa

Silvilio Vázquez Velázquez tiene 68 años bien llevados. Nació en Artemisa en 1904, y recuerda los ómnibus tirados por caballos y los insultos contra la Enmienda Platt.



Silvilio fue de familia pobre; trabajó junto al padre, no llegándole al hombro siquiera, en las colonias del Central Pilar por 30 centavos al día. Andando por los veintitantos años salió al mar por Batabanó a pescar esponjas; veces hubo que ganó buen dinero; otras, nadie le puso precio a la mercancía ni al esfuerzo que había costado extraerla. Conoció del vale por 15 ó 20 pesos en la bodega, "pagaderos cuando regresara con la marea..." Pero ésta jamás alcanzaba a borrar las cifras que de mayor a menor surgían bajo su apellido con fecundidad asombrosa.

—Recuerdo —nos refiere Silvilio mientras no deja de limpiar el arroz que dentro de un rato saborearemos todos— al difunto José Fernández y sus treintaipico barquitos. El no trabajaba ninguno, y la cuarta parte de la captura era suya, además de lo que percibía por concepto de avituallamiento... ¿Que si se nos enfermaba un hijo? Bueno, si no había dinero y el boticario quería "fiar", bien; pero si se plantaba en "cuarenta", la casa del enfermo era el hospital más cercano y más barato... Mire, amigo, lo único que se regalaba en aquella época —y para eso, si era *pobre de solemnidad*— era el *traje de madera* (el atáud), porque de los otros sólo los veía anunciados en revistas o puestos a los políticos que, cada cierto tiempo, venían a "observar de cerca" las inhumanas condiciones de vida del pescador... Silvilio no tarda en dar una rápida respuesta a la pregunta que, a continuación, le lanzo:

—Hijo, yo quisiera tener ahora 14 ó 15 años... No me preguntes para qué, porque la respuesta está en toda esa juventud que estudia, que hace deportes, que domina las armas más complicadas... Lo que si te diré es que me han propuesto retirarme, pero creo que todavía me quedan fuerzas para ayudar a la Revolución... De salud, menos las piernas, ando bien... Y, mientras tanto, a luchar todo lo que podamos por Fidel y por Cuba, a la que sacó del vicio y de la explotación a que la tenían sometida...

tres pescadores

Lorenzo Ramos, Pedro Cabrera (*Charles*) y Claro Martínez pertenecen también a la *barcá* del 51. El primero es maquinista y aprendió este oficio cuando era trabajador de la Forestal; pero Lorenzo pesca desde la edad de 12 años, y ya tiene 28 y una familia que sostener. Y también una historia que contar: la de cuando estuvo en el Cabo de San Antonio cortando *guanós*, que es madera buena para hacer nasas y jaulones.

—Bueno, lo cuento porque usted me lo pide, porque los hombres hacen las cosas, y ya... El caso fue que de La Coloma, de Cortés y de Galafre, fuimos tres brigadas a cortar *guanós* para la corrida de ahora; había veces que llegábamos al campamento de madrugada, estando *pegaos* desde que despuntara el sol. Pero había que hacerlo, porque si no períamos la *emulación*. Y ya ve, La Coloma cortó 40 000 *guanós* en 22 días de trabajo; Cortés y Galafre (que son dos poblados pesqueros del sur) cortaron alrededor de 35 000 *guanós* cada uno. Y lo peor no fue el trabajo en sí, sino a plaga, que era de *anjá*... Por lo demás, teníamos hasta sábanas y nosquiteros, y ducha para bañarnos...

Acerca de *Charles*, sus propios compañeros afirman que fue un *vidrio* (el que captura la langosta con el chapingorro) magnífico; pero actualmente padece de trastornos en la vista y la función que desempeña a bordo es la de *bogador*. A *Charles* sólo le preocupa una cosa en esta vida: la superación de sus hijos, que son muchos, para que sean hombres de provecho ante la sociedad. Un hijo de Claro Martínez, nombrado Felipe, estudia en la Secundaria Básica *Guane 3*; para Claro, esto es motivo de orgullo y, a una pregunta nuestra, responde entusiasmado:

—¡Alabao, hijo, si aquello es un fenómeno! Cada vez que voy a ver a Felipe en la Secundaria pienso en mi juventud y me digo: "¡Claro, si te hubieran dado esto no estarías hecho hoy una bola de salitre!"



Asustada por el tarantín, la langosta bordea la piedra





Ya en la superficie y continuando arrodillado, el pescador echa la captura en el fondo de la chalana



La malla del chapingorro es colocada, con mano experta, a un palmo del crustáceo y...

... con gran precisión, atrapa al decápodo



—Pero esa “bola de salitre” —me apresuro en contestarle— está produciendo las divisas que harán realidad los cientos de Secundarias Básicas semejantes a la que estudia su hijo, ¿no cree?

—Bueno, reconozco que si no fuera por las ramas viejas no habría retoños —responde, pensativo, rememotándose tal vez a su niñez humilde o a las vivencias de los 25

años que lleva pescando de todo. Mas, de repente, dice:

—Hay una realidad: para nosotros los pescadores, que estábamos acostumbrados a vivir mojados, poniendo a secar a diario las colchonetas, con incomodidades por todos lados, el oficio se ha humanizado. Una prueba la tenemos en estos Cayo Largo, donde todo es comodidad; antes, cuando caía la noche, no había luces con que mirarle el rostro al compañero... Ahora, en cuanto el sol se pega al horizonte, se encienden las luces y esto parece un hotel... Y ni qué decir del motor, porque había que morirse con la vela y el viento, si lo había, o, de lo contrario, pegar la chalana por la proa y remar si uno quería llegar con la langosta viva a La Coloma...

dos hermanos y un primo

René y Juan Manuel Martínez Aguiar son hijos del patrón del 51. René no tiene más de 23 años, y Juan Manuel 17; por su parte, Luciano Martínez es primo de ambos, pertenece a la CJM y tiene 15 años de edad.



—¿Por qué dejaron los estudios para hacerse pescadores?

La pregunta va dirigida a Juan Manuel, quien vacila antes de responder: René, de facto, se convirtió en nuestro “asesor técnico”, como verán más adelante, en materia de pescar langostas. Mientras tanto, aprovechamos las millas que aún faltaban para llegar al pesquero conversando con los primos, pues deseábamos que nos explicaran los motivos que los indujeron a dejar sus estudios primarios.

—La verdad es que a mí no me gustaban los estudios —dice—, y hay cosas que a uno se le meten en la cabeza... (titubea)

—¿Te has arrepentido de haberlos abandonado?

—Sí, me ha pesado, porque salí del 5to. grado para pescar, sin necesidad. Mi padre me lo advirtió, que aprovechara la oportunidad que él nunca tuvo; pero ahora tengo que cumplir con el trabajo, que es duro, porque nosotros pescamos diez días y descansamos 5 en puerto, y a veces hasta menos...

—¿Y Luciano qué puede decir al respecto?

—Buena, a mí la escuela tampoco me gustaba. Pescar sí— y los ojos, como carbones, le brillan cuando afirma esto, para proseguir tras una pausa:

—Mire, nosotros siempre traemos libros a bordo. Juan Manuel me ayuda a estudiar y, cuando tenemos un rato libre, nos *pegamos* a sacar cuentas o a leer Historia de Cuba. Pero si de algo yo estoy convencido es de que en el futuro seré pescador de escuela, pues ahora estoy en la CJM y, cuando alcance un nivel más alto, me incorporaré a ella. Y veré si logro embullar a Juan Manuel para que me siga...

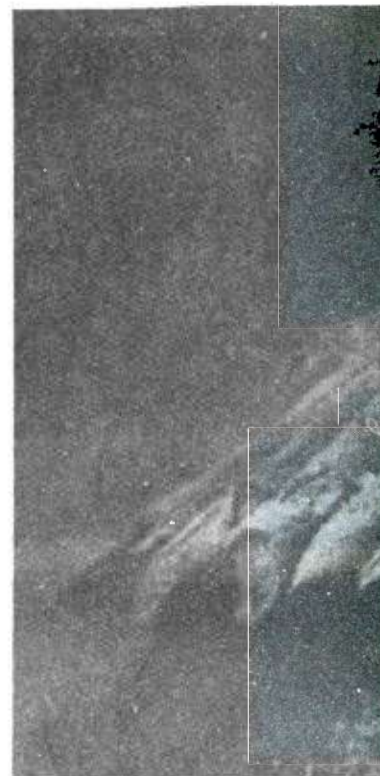
■ una experiencia inolvidable

Unas boyas blancas, divisadas a tiempo por el pescador trepado en el palo mayor del *Cayo Largo*, indican que estamos en la zona de pesca. En un instante se echan al agua dos chalanas, equipadas cada una con el *crystal* (cubo provisto de un vidrio en el fondo), el *tarantín* (largo palo dotado de un pincho para sacar la langosta de sus refugios) y el *chapingorro* (vara que se utiliza para atrapar al crustáceo).

A pesar del sol el agua está fría; es algo más de las diez de la mañana y la visibilidad es perfecta, pues alcanza 10 y más metros. Desde la superficie localizamos una enorme piedra, mezcla de blanco y de oscuro, habitat por excelencia de las langostas. Ya el pincho del *tarantín*, formando una escuadra, penetra por las rendijas de la piedra, y las primeras langostas inician su lento éxodo por el fondo poblado de verdeolivos seibadales; René, desde el bote, nos explica que en esto de “pinchar” la piedra hay su táctica: por ejemplo, si la piedra se comienza a pinchar desde el noroeste, hay que seguir haciéndolo en dirección al nordeste; cuando cese el movimiento, entonces comienza a pinchar del suroeste al sudeste, pero en ninguno de los casos al revés, pues, inexplicablemente, las langostas no saldrían de su refugio. Apenas las langostas se separan un par de metros de la piedra, la malla del *chapingorro* va en su búsqueda, y con asombrosa rapidez vemos cómo, a pesar de la distancia entre pescador-langosta (el uno arrodillado en el bote, sosteniendo en una mano el *crystal* y en la restante la vara; la otra a 18 ó 20 pies de profundidad, a veces camuflageada por la tupida flora), ésta queda enmallada y, tras breve coleteo que remueve la arena del fondo es subida sin pérdida de tiempo y lanzada al centro de la chalana. Pero si difícil resulta dominar esta técnica, más aún lo es habituarse a estar horas y más horas de rodillas, ambas manos ocupadas y los sentidos alertas para actuar cada vez que el crustáceo intente escapar.

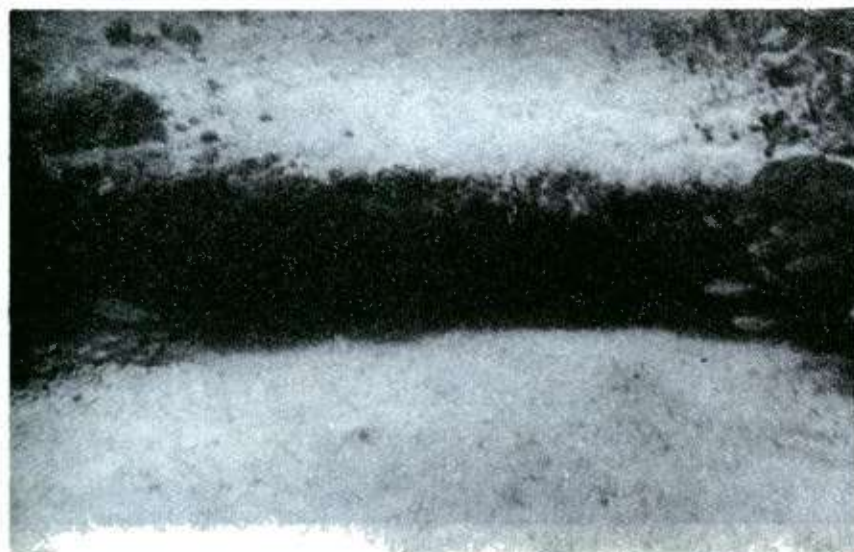
Mientras tanto, el segundo hombre de a bordo, el bogador, ha de mantener la embarcación en una posición que resulte cómoda al *crystal* para trabajar la piedra. Y esto sólo se consigue a fuerza de mucha habilidad en el manejo de los remos.

La captura de langostas en las *lajas* es parecida: éstas son quebraduras de la plataforma, de anchura y profundidad diversas, donde



Aspecto del arte de pesca conocido por *jaulón*

La piedra arrojó un buen número de piezas



Vista frontal de una laja a 22 pies de profundidad

los crustáceos se protegen de la claridad... y de los pescadores, por supuesto. Las artes de pesca son las mismas y, en épocas de corrida, una piedra de buen tamaño o una laja profunda pueden albergar 100 ó 200 langostas. Y según René, esa es tarea de una hora, cuando más... Y lo dice un hombre que ya tiene callos en las rodillas de tanto pescar langostas.

Dos horas y alrededor de 4 rollos de película se han ido apenas sin darnos cuenta; el objetivo, ahora, son los *jaulones* calados por los pescadores del 51, y que fueron construidos con los palos de mangle cortados por las brigadas de La Coloma, Cortés y Galafre. También, a un centenar de metros de distancia,

están caladas varias *jaulas* (especies de nasas en forma cuadrada y con un matadero desde cuya entrada parten, a ambos lados, aletas de paño que se abren en abanico).

El delicioso almuerzo preparado por Silvilio es una razón más que poderosa para poner fin al reportaje foto-submarino. Además, los pescadores del 51 han de emprender el regreso a sus hogares luego de haber cumplido las metas a fin de que, cuando la corrida "rompa", ya estén de nuevo en la zona. El viaje de regreso a Coco Chico es pródigo en anécdotas y chistes; impera la camaradería entre todos, porque una sola mañana ha bastado para conocernos y comprendernos. O, como diría el patrón, "porque en definitiva ustedes, como nosotros, trabajamos en bien de la colectividad"